



MIÉRCOLES 23 DE ABRIL

Hay que tener cuidado
con querer volver a la normalidad, a lo de antes,
porque precisamente, todo aquello
fue lo que nos llevó a estar como ahora estamos.

No. Cuando todo esto acabe
queremos ser nuevos, no repetir errores del pasado,
afianzarnos en cosas que hemos descubierto
en estos días de exilio:

la gratitud por lo pequeño...
la sabiduría de lo cotidiano...
el valor de las personas que nos acompañan cada día...
la gracia de tenerlo todo teniendo poco y lo justo...
la capacidad de asombrarnos por nada...
el don de llorar por todo y por todos...
la bendición de esa voz interior que nos conecta con lo eterno que
habita en nosotros...
la libertad que siempre es un anhelo y una conquista...
el poder sentir como propio el dolor ajeno...
el haber perdido el miedo a expresar nuestros sentimientos...

Saber, en pocas palabras, que Dios ha estado ahí, contigo,
conmigo, con nosotros,
diciendo su palabra fuerte y claro
para cambiar la historia
para siempre.



Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (5,27-33):

EN aquellos días, los apóstoles fueron conducidos a comparecer ante el Sanedrín y el sumo sacerdote los interrogó, diciendo:

«¿No os habíamos ordenado formalmente no enseñar en ese Nombre? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre».

Pedro y los apóstoles replicaron:

«Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen».

Ellos, al oír esto, se consumían de rabia y trataban de matarlos.